



FUNDACION

DE

IRIMO.-

Fracmentos de una
leyenda, por Fran-
cisco Gomez.

—○○—

POTOSÍ=1860.

—○○—

Imprenta Republicana.

86-34(84) *Gómez*
Leyendas

ARCO
BIBLIO
NACIONAL DE BO

FOTOS 1880

Imprenta Nacional

DISCURSO PRELIMINAR.

Despues que la calma succede á la tempestad en medio del desierto, cuando la naturaleza toda empieza á sacudir su manto de verde esmeralda, cuando las aves empiezan con sus trinos suaves i melodiosos, a saludar al astro del dia, que se presenta majestuoso, rasgando con su cabellera luminosa las densas nuves que atrevidas le interceptáran sus inmensos rayos de fuego; i cuando en fin, empieza á marcarnos el crepúsculo de la tarde, hermoseado por los esmaltados colores del celaje, la marcha del astro de fuego á otros hemisferios: entonces, si entonces el alma del poeta absorbe de una vez todos los hechisos del universo, para despues engalanarlos con el lenguaje de Melpomene, Menemosina i Apolo, i recrear nuestra intelijencia con objetos tan seductores: ú otras veces, contempla sentado sobre una roca, el aspecto tétrico i macitento del astro de la noche, que cual madre piadosa recorre lánguidamente la inmensidad del firmamento; ó bien en medio del fragor del huracan en el oceano, cuando de la diestra

del Altísimo, se desprenden en tropel, mil fuegos que en su choque con la tierra hacen estremecer hasta en lo mas hondo de sus entrañas á los Apeninos, Alpes é Illimani, i enerespan i ajitan con la fuerza de su electricidad al elemento rey de la tierra, haciendo ver al mortal en medio de la lóbreguez de la tumba, la omnipotencia de la Divinidad.

Entonces, repito, es cuando el poeta, ecstasiado i embelezado por trasportes que á su mente inflaman de entusiasmo, se cree el Dios de las musas, i remontando su voz en medio de los vientos, fija su vista en las rejiones áereas i esclama. ¡Oh libertad! ¡respiro el aliento embalsamado de concordia i tranquilidad que se exhala de tu seno virjinal! tu voz se alza dominadora desde el inflamado cráter del Vesubio, cuyas lavas flamijeras murmuran tu santo dogma, hasta la cabellera espumosa y retumbante del Niagara, cuyas aguas al desprenderse, cual la tempestad, proclaman tu nombre!.....

Vos jóven amigo, cuyo corazón
cual la nieve que no há tocado á la tier-

ra se halla puro, i que con tanto ardor como entusiasmo deseas arrebatat el arpa de Malvina, para cantar la lucha de sangre, por esa libertad en tu fragmento poético, por esa libertad que desde Motezuma hasta su último descendiente Tupac Amaru, se han, inmolidado millones de victimas, seas capaz de hacer oír al mundo una melodía de tu lira que proclame libertad y que por esa libertad, simiento magno de la felicidad humana, se debe sacrificar todo, todo.

Vos jóven amigo; cuyas ideas, aun no están infestadas, por el veneno corruptor de los furibundos que quieren convertir nuestra jóven Pátria en un esqueleto de recuerdos, cual Palmira, armaos con la lanza de Minerva y aprontaos bajo la bandera del reynado de la intelijencia.

Yo por mi parte, no puedo menos que arrojar un anatema sobre ese monstruo que cual Vampiro quiere mantenerse con la sangre de sus conciudadanos, sobre ese desnaturalizado, que con el clarín extranjero quiere introducir la guerra civil en las

entrañas de su Pátria. (1)

Por fin jóven amigo, vos que haz dejado, oír por primera vez el eco de tu lira, desde la sima del helado Potosí, no desmayes, y que tu contraccion nos estimule.

Potosí Noviembre 10 de 1860.

Crisólogo Barron.

(1) Esta leyenda se escribió cuando las cruzadas armadas por Belzu en el Perú, invadieron Bolivia y asesinaron á Sotomayor.



ADVERTENCIA AL LECTOR.

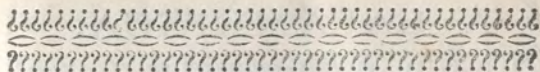
No el deseo de hacer alarde de alguna disposicion que el amor propio pudiera atribuirme, no el ningun conocimiento que de mi mismo pudiera tener, para no comprender mi limitada esfera en el terre

no de los conocimientos humanos; me lanzan à la prensa, para dar à luz mis primeros ensayos, mucho ménos el deseo de lucrar, porque estoi convencido de lo contrario, i de que, esta clase de trabajos, en nuestros miserables paises, son el objeto del mas vergonzoso desprecio, ó el blanco de la envidia i de las saetas punzantes de una crítica insensata, no es pues, ninguno de estos móviles el que me impulsa à presentar al público estos pequeños fragmentos, plagados de imperfecciones, sinó el entusiasmo con que entreveo el porvenir de mi Pátria, i el deseo de estimular à esa juventud, en cuyo centro serpean las luces del saber, para despues estinguirse en las tinieblas del temor. Así es que, à cualquiera que haga recaer su crítica en las conocidas imperfecciones de estos fragmentos, no puedo ménos que decirle desde ahora: «Mal sabeis comprender las tendencias de la juventud amante del progreso.»

Francisco Gomez.

ARCHIVO
BIBLIOTECA
NACIONALES
DE BOUVIA

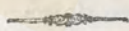




À MI AMIGO LUIS VILCHES.

Al pulsar mi triste lira,
Esa lira que las musas
Me legaron caprichosas,
Un concierto te dirijo.
Aunque sus débiles cuerdas
Ondulen con desconcierto,
Aunque con ningún asierto
Repitan sus armonías:
Aunque mis cantos primeros
De la vida en lontananza
No te ofrescan la esperanza
De la menor perfección;
Por lo menos aceptad
Este mi canto primero,
Como el afecto sincero
De una sincera amistad.

FRANCISCO GOMEZ.



Á LA AMÉRICA.

De nuestro siglo á principios,
 Cuando el cetro de la Iberia
 Aun subyugado tuviera
 El gran mundo de Colon:
 La libertad aun yacía
 Cual la vírjen estaciada
 Sin levantarse airada
 Con tremolante pendon.

Era la américa entonces
 Abundante de riqueza
 I sin sentir era presa
 De un poder debastador
 Su frente cándida y pura
Hasta el polvo humñada
 Era la víctima ultrajada
 Por leon aterrador.

Con vago presentimiento
 En el porvenir sentía
 De su libertad un día,
 Para levantar su frente
 Como levantó airada
 La madre del salvador
 Despues de tanto dolor

Cual el sol en el oriente

Entre sus selvas espesas
Situadas al medio día
De hermosura y lozanía
Brotaba una tierna flor.
Entre un espeso follaje
De mil flores alarmante
Resplandeció dominante
La joya de mas valor.

Tierna flor que al abrír
Sus pétalos á la brisa
I al recibir la sonrisa
De encantadora vision;
Marchitarse ya sintió
Su cáliz y su corola
I cual fugáz aureola
Disiparse su ilusion.

I.

En ochocientos catorce
De nuestro siglo presente
Como la luz que naciente
En oriente resplandece:
Una jóven candorosa,
Hermosa como la luna

I de mediana fortuna
Con su padre tierna y pura
Serca de Aten habitaba
De ese pueblo que ostentaba
Su poder, siempre grandioso
Por defender valeroso
La paz y la libertad,
De ese pueblo que tenáz
Sus derechos defendía
I con crueldad sacudía
Ese yugo que la España
Con mano férrea intentara
Para el colmo de su gloria.

Digno ejemplo presentaba
De la América á los pueblos
Ora con valor luchaba
Ora débil se sentía
Porque siempre combatía
Con sus hijos solo ciento
Aunque siempre decididos
Contra soldados sin cuento.
Entre sus hijos valientes
Que cual fieras del desierto

Se lanzaban impacientes,
 Siempre se dejaba ver
 Cual el primero en luchar
 Un jóven noble y guerrero
 De estatura regular.
 Era un comerciante chileno
 Que en Aten quiso habitar,
 Porque en este lugar se hallaba
 Su amor ¡ai! su corazón.



II

CASA DE CAMPO.

Serca de Aten dominaba
 Una hermosa galería
 I por doquiera mostraba
 Deliciosa perspectiva.

En sus inmensas Manuras
 De verdor siempre cubiertas,
 Aguas transparentes, puras
 Graciosas se deslizaban.

Era un viejo respetable

El que en ella habitaba,
I era con todos amable
Bondadoso y compasivo.

Tenia una hija hermosa
Hermosa mas que las flores,
I en su presencia la rosa
Competirla parecía.

Tenía ojos rasgados,
Evurnea tez sonrosada
I sus cabellos dorados
Su ancha frente cercaban.

Ideal era de lo bello,
Que el pintor jamás podría
Imitar aquel destello
Con un pincel delicado.

Quince Abriles ya contaba
Fra Hortencia su nombre,
I en sus ojos revelaba
Algun funesto pesar.

En esos bosques amenos
De silencio y soledad
Pasaba triste las horas

Sin sentir felicidad.

Los árboles jigantezcos
Elevados á porfía
Parecian inspirarle
La triste melancolía

Era Hortencia su tesoro
Mas precioso del ansiano.
Era su vida y su todo
Aquel ángel virjinal.

El cariño con que amaba
A su hija tan querida,
Tal resolucion le daba
Que en el retiro habitó.

Mas ay Hortencia ya siente
Destilarse gota à gota
En su pecho inocente
La yel fatal del amor.

Ya se torna en un suspiro
De su infancia la sonrisa
I solo siente el delirio
De una mentida ilusion.

Abrazándola el ansiano

Entre suspiros decía
A esa niña tan querida
¿Por qué sufres hija mía?

I ella en silencio dejaba
Resbalar por su mejilla
Una lágrima divina
De su amargo padecer.

Así pasaban los años
En retiro y soledad,
Solo sintiendo la calma
De dulce felicidad.

III

EL ENCUENTRO.

Era una hermosa mañana
En la estación del verano,
I el resplandor de los rayos
Que del sol se desprendían,
Apenas las simas altas
De las montañas doraban:
Cuando una jóven hermosa

Como el celeste querube
A la márjen de un arroyo
Cuyas aguas cristalinas
Fujitivas serpeaban.
Se hallaba pensativa,
I en su frente espaciosa
Dos sejas muy bien formadas
Sercaban sus negros ojos,
Sus cabellos estendidos
Como dos trenzas doradas
Sobre graciosa espalda
Naturalmente caían.
Era inquieta su mirada
Por todas partes buscaba
Con ansia desesperada
Algun ser que deseára
I solo en silencio profundo
Las corrientes de las aguas
Por doquiera se escuchaba;
Hora tras hora pasaba
Sin que ser humano hubiera
Hasta ese lugar llegado;
I á distancia muy lejana
Se divisaba un corcel
Que con rapidéz llegava

Al lugar do esperaba
 Hortencia desesperada.
 Era un jóven que venía
 De una estatura mediana
 Facciones desencajadas
 Vigote negro y torcido,
 Su corcel precipitando
 Por grietas sanjas y llanos,
 Como si encontrar supiera
 Algun perdido tesoro
 O como si perseguido
 De enemigos que le asechan
 Para quitarle la vida.
 Llegó por fin donde estaba
 Hortencia desesperada:
 ¡Castelfor! ¡Vida mía!
 Estas voces resonaron
 En la espaciosa pradera
 I el jóven con rapidéz
 Saltando de su corcel
 Cual un rayo al desprenderse
 En los brazos de Hortencia
 Sin cuidado se arrojó.

Una tendencia marcada

En el hombre de abeterno,
Que aun en el seno materno
Suele dejarse_ entrever.

Es tendencia misteriosa
I de un misterio nacida,
Que siendo misterio en la vida
En el misterio_ se acaba.

Esa tendencia, es oríjen
Del placer y del consuelo
I es tambien del desconsuelo
Del pesar y del tormento.

Esa tendencia comprende
El pasado y el presente,
I en el porvenir resiente
Marca una senda fatal.

Es por eso que la vida
Cual ondulantes sonidos
I como tristes jemidos,
En el silencio se pierde.

Es por eso que la vida
Entre pesares sin cuento

Con el placer del momento
Solo recuerdos nos deja.

Las delicias del amor gozando
Sin sentir, los dos ivan dejando
Las horas pasar.

Estaban yá los dos olvidados
I al parecer, hai trasportados
Al mundo ideal:

El amor puro solo gozaban,
I en ese amor se embriagaban
Sin sentir pesar.

IV.

LA DESPEDIDA.

Llegó la hora
En que las aves
Trinos suaves
Dejan oír,
Para despues

De sus cántares,
A sus hogares
Ya se retiren.

El sol radiante
A su ocaso,
Con lento paso
Vá á ocultarse,
Solo dejando
Nube tremenda,
Cual fatal senda
De pardo color.

Solo se oye
En la pradera
Ay! por doquiera
Del viento el sonar:
De los árboles
Ay el sumbido,
Cual el quejido
Del muribundo.

La luz disipan
Ya las tinieblas,
I densas nieblas
En tropél vienen:

La tierra duerme
 Sueño tranquilo,
 Ni aun en el cielo
 Un astro brilla.

En el silencio
 De fatál calma
 Ay, solo el alma
 Respira yá;
 Solo se oye
 Tierno suspiro,
 En el retiro
 Ay exhalado.

Entre sollosos
 De amargo llanto
 I cruel quebranto,
 Estas palabras
 Solo se oyeron

¡Mi amor!

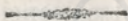
¡Mi dueño!

Adios.

No me olvides.

Lo he jurado.

En el ondular del aire
 Un tierno veso se oyó,
 I el tropel de un caballo
 A distancia resonó.



V

LA DERROTA.

Era, de una inmensa playa, en la llanura,
 El sumbido de las flechas que se oía,
 Cuando el sol naciente, apenas relucía
 De las mas elevadas montañas en la sima.

El cañon aterrador resonaba,
 Cual el trueno, que lanza tremendo
 El rayo fulgurante que se apaga
 Destruyendo en su paso cuanto encuentra

Fuego, sangre, la Iberia viva;
 Eran las voces que se oían,
 Entre la algazara y el tropel
 Que el suelo hacían estremecer.

Ai, cual fieras que á su víctima se lanzan
 Se lanzaban los feroces atenianos,
 I sus pechos palpitantes de cólera
 Estrellaban contra una lanza feróz.

I ya los españoles vencieron
 A los valerosos atenianos,
 Que muertos en el campo quedaron;
 La fuerza, con la fuerza al repeler.

Solo Pacha, (1) valiente guerrero
 Emboscado en monte espeso,
 Teniendo abierta una herida
 Luchaba con crueldad y con valor.

Pero, ¡ai! todos ya le abandonaron;
 Vaga fujitivo por los bosques
 Ahogando la cólera en su pecho,
 Jurando venganza ó su muerte.

Castelfor prisionero; su pátria
 Con valor y audácia al defender,
 Ai! en poder de Gamarra cayó
 Por su amada Hortencia suspirando.

(1) Fundador de Irimo.

Venganza, esterminio en los patriotas,
 La horca en sus cuellos coloquemos,
 Para que traidores no sepan yá;
 Sus armas, contra el rey levantar.

Cual tempestad que ruiendo
 Se precipita á la tierra;
 Cual la fiera que bramando
 Se lanza sobre su víctima,
 Se lanzaron en tropel
 Los soldados vencedores;
 I apoderándose de Aten
 Bárbaras leyes dictaron.

VI

Cuando tiernos corazones
 Son víctimas del amor
 Menospreciando el dolor,
 Con el llanto se consuelan.

Como la flor que en desierto
 Desprendida de su tallo
 Marchitarse solo siente

Su cáliz y su corola.

Como el ave masilenta
Que incierta vaga el espacio,
¡Ai! por doquiera buscando
Su perdida compañera.

Hortencia, desconsolada
Pasaba triste las horas
En la pradera sentada
Suspirando, por Castelfor.

Envano su pecho late
I se le escapa un suspiro,
Envano son sus lamentos,
Envano, su llorar triste.

Está lejos su querido,
¿Quién sabe si volverá
Para mitigar su llanto,
Para calmar su dolor?

Sus negros ojos hundidos
Su evárnea tez palidece,
I su hermosura parece
Que aumenta con el pesar.

Queda por fin estaciada
 En su dolor y tormento,
 Sin sentir por un momento
 La calma del corazón.

Una voz bronca y severa
 La sacó de su letargo,
 I despues de intermedio largo
 Hortencia, Hortencia repitió.

Huyamos. huyamos hija
 Porque Pacha ya ha venido
 Por el español vencido;
 Huyamos hija, por Dios.

Dejemos esta pradera,
 Huyamos juntos con Pacha
 Antes que con fiera hacha,
 El ibero nos dé muerte.

A estas palabras Hortencia
 Ahogando su cruel pesar,
 Sin poderse lamentar
 Sumisa siguió á su padre.

Suspirando se decía

¿Qué será de mi Castelfor?
 ¿Si en la batalla habrá muerto,
 O habrá salvado? ¿Quién sabe!

Entre estas reflexiones
 Sumerjada en el pesar
 Ya se dispuso á marchar
 Con Pacha y otras familias.

 VII.

EL CASIS.

El ronco bramar del tigre,
 El silvido de la liebre
 En un valle misterioso
 Donde ora silencioso
 El ángel de cruel pesar;
 Solo se oye resonar.

Sobre verde alfonbrado
 De mil flores matizado,
 Riachuelos cristalinos:
 Serpeando purpurinos,

Dan un aspècto gracioso
A ese lugar delicioso.

Majestuosos cocoteros
Corpulentos limoneros
Entretejiendo follajes
Con diferentes ramajes
De bejetales rastreros,
Serpean dando mil jiros.

Los árboles jigantezcos
Alzándose pintorezcos
I mesidos, por el viento
Ai, remedan el lamento
De algun ser desesperado
Que se siente mal tratado.

Ni un solo senovita;
En ese lugar habita,
Ni de las aves el canto
Interrumpen, ¡ai! el llanto
De ese jénio precursor
Del quebranto de un amor.

Parece que en su designio

Del Dios inmortal el jénio,
 En este lugar tan bello
 Quiso mostrar el destello
 De un porvenir que fulgura
 De calma, paz y ventura.

Esa campiña virjinal,
 Cual mujer anjelical
 Ofrece al fujitivo,
 Ese estado primitivo
 Que altraves, ai del pudor
 Se presenta seductor.

Vencieron los iberianos
 I algunos atenianos
 Ya en ese lugar habitan,
 I en torvellino se ajitan
 Sus casas por construir
 I fujitivos vivir.

I la flor que hermosa y pura
 Ostentaba su hermosura,
 Ya se siente desprendida
 Por la mano atrevida
 De algun hombre que maltrata
 El bejetal con su planta.

Cuando en un pueblo se eclipsa
 Ese destello divino,
 Con que Dios, nuestro destino
 Al nacer nos reveló;
 Cuando en un pueblo se tornan
 Ai la razon en instinto,
 Resignado al sufrimiento
 Siempre se deja oprimir,

La libertad que resulta
 De una ilustrada esperiencia
 Se disipa, en decadencia
 Cuando duerme la razon.
 Entonces se vé el hombre
 Rodeado por doquiera,
 De la mas terrible fiera
 Que le roe el corazon.

En la inersia se confunde
 Con el animal el hombre,
 I entonces ni aun ese nombre
 Ya su dignidad conserva.
 La sociedad convertida
 En una horda salvaje,
 Como á Dios, el homenaje

Le rinden á quien gobierna,

Es por eso, el que manda
 Conociéndose absoluto
 Quiere ser tan disoluto,
 Que se corrompe y oprime:
 I sus desenfrenos sufre
 Ese pueblo impaciente
 Que cuando sus males siente
 En su seno un ay comprime.

Así gobernaba en jefe
 Pacha sus leyes dictando,
 En ese lugar nefando
 Que hoy Irimo se llama,
 Irimo lugar funesto
 Que perteneciendo á Mojos,
 Sepultó en sus despojos
 Una flor tierna y ufana.

En mal construida chosa,
 Habia un miserable lecho
 I allá Hortencia llorosa
 Oprimía en su pecho

Algún dolor pesarosa.

Una luz sus resplandores
 Palidentos arrojaba,
 I entre angustiosos dolores
 Solitaria suspiraba,
 Hortencia, por sus amores.

La cabeza inclinaba
 I en sus mejillas rosadas
 Una lágrima rodava,
 Así sus horas pasadas
 En silencio lamentaba.

En medio del sufrimiento
 I de cruel melancolìa,
 Abandonando el tormento
 A partir se resolvía,
 Hasta Aten en el momento.

Hai, esa fatal partida
 Con desgracia lamentable
 Poco despues realizó,
 Pero Pacha implacable

Su proyecto descubrió.

VIII.

EL CASTIGO.

Arjentada en el espacio
 La luna ya descendía
 Al ocaso majestuosa,
 I la calma parecía
 Un presajio del dolor:
 El canto fúnebre y triste
 Del Bùo solo se oía
 Repetido por do quiera
 Lleno de melancolía,
 Siendo anuncio al parecer
 Del término mas fatál.
 Despues de largo silencio
 I de calma funerál
 Entre sollosos un ay,
 Desesperante se oyó,
 I aun las rocas mas lejanas
 Al parecer conmovió

Un ay eruel y penetrante
 Que un momento, en el aire
 Melancólico vibró,
 I por remotas rejiones
 Hasta el cielo se elevó.

Perdon, perdon, esas voces
 En algazara se oía
 En Irimo esa noche;
 I al parecer conducían
 En funeral aparato
 El cuerpo de algun desdichado,
 Que yá dejó de existir.
 Mas allá se divisaba
 Una fosa, muy profunda
 Para sepultar abierta,
 No, los restos que la muerte
 Deja en la vida que eclipsa,
 Esa chispa reflejada
 Por Dios, del cielo á la tierra
 En la estirpe de Adán,
 Sinó, para cumplir la ley,
 Esa ley que dictó Pacha,
 De sepultar, cruel, en vida

Al que osar talvez quisiera
 Retirándose de allá,
 Descubrir su tiranía:
 Esa ley bárbara y cruel
 En Hortencia se cumplía.

Perdonadla, Señor por Dios,
 De Pacha á los pies postrado,
 Un ansiano repetía,
 I por su rostro arrugado
 Una lágrima corría.
 No hai perdon, contestaba
 El indio fiero y temible;
 No hai perdon, para tu hija:
 Repetía en voz terrible,
 Pues, yo leyes hé dictado
 Esas leyes nadie infrinje,
 I mil veces desdichado
 El que siquiera lo intente;
 Así aquel hombre temible
 Al ansiano despreció,
 I con desden increíble

Dejándolo en el llanto,
 Velóz desapareció.
 Mientras esto sucedía
 Entre Pacha y el ansiano;
 En los bordes de la fosa,
 Entre los indios se oía:
 ¡Arrojémosla ya es tiempo!
 I se lanzaron veloces,
 A descubrir una caja
 Donde crueles y feroces,
 Ay! su víctima llevaron:
 I poco tiempo despues,
 De esa caja despojaron
 Un manto que la cubría;
 ¡Ay! ¡escena horrosa!
 Al describir se detiene
 Aun la pluma, pavorosa:
 Se dejó ver una jóven,
 Que al parecer no respira;
 Era hermosa, como pura,
 I en sus lábios espiraba
 Las palabras que quisiera
 Pronunciar, en su tormento,
 Cual un báido le diera,
 Quedó inmóvil, sin accion

I cual paloma herida
 En manos del cazador,
 Solo se siente turvada
 E indiferente al dolor;
 Su cuerpo alavastrino
 Envuelto en túnica negra,
 I su cabello divino,
 Como las trenzas doradas
 En desórden se encontraban,
 Sus pies y manos señidas
 Por cordeles fuertemente
 Dejaban ver, ¡ay! vertidas
 Horribles gotas de sangre.
 Dos indios se aprocsimaron
 A ese terrible lecho,
 Donde Hortencia, aun sentía
 Ay! latidos en su pecho,
 Latidos del corazon:
 Al aire la suspendieron
 Como ejemplo de maldad;
 I á poco tiempo, ya oyeron
 En esa fosa profunda
 Fuertes gritos de dolor.
 Los indios sin compasion
 Arrojabán piedras, tierra,

A ese lugar de maldicion;
Do enterrada fué Hortencia,
Que aun respiraba el aliento
De su mas florida infancia.

Desesperado el ansiano
Hasta Aten se dirigió,
A lamentar su desgracia;
E implorando la justicia,
Este lugar descubrió.
A los bosques fuga Pacha,
Del castigo por temor,
Pero, Castelfor ya libre
Oprimido de dolor,
En pos suyo se dirige:
Para morir ó vengarla,
A su Hortencia, tan querida,
Jura morir ó beber
De su adversario la sangre.

LA TEMPESTAD.

Hai momentos de amargura i de dolor,
Momentos, que aterrando con espanto
Nos ofrecen por consuelo, solo el llanto;
I nos trasportan, á otro mundo superior,

El sol majestuoso, declinar parece,
Cual el carro del monarca poderoso,
Que recorre por doquiera silencioso;
Separando el aire, que se estremece.

Fuertemente ajitando el huracan
Agrupadas nuves, del oriente traen,
I al parecer, lejanas ¡ay! ya caen
En moléculas, á la tierra con afan.
Al pie de un árbol, majestuoso y elevado,
Con semblante que anuncia cruel pesar,
Un hombre rantado, parece contemplar;
Talvez en algun proyecto que ha formado

Frunciendo el seño, numera silencioso,
 Palabras que en su lábio espirando,
 Se interrumpen por momentos ai, dejando
 Escaparse un suspiro misterioso.

Derrepente, convulsivo y ajitado
 Interrumpiendo su silencio, exclama;
 ¡Ya no existe, la que me robó la calma!
 Pero vengarla yó, mil veces hé jurado.

La densidad de la noche ya aumentaba,
 I el fragoso trueno, resonando,
 I el fulgor del relámpago serpeando,
 La cólera del eterno revelaba.

Brama cruel y rujiente, el feróz viento;
 I las nuves se entrechocan, con estrépito,
 Ahulla por doquiera el lobo hambriento;
 Trastornarse parece el firmamento.

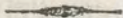
Precipitado, ay su marcha siguiendo
 Parece que no teme, la noche feroz,
 Ni el rayo, que se precipita velóz.

Aun las moles pedernales sacudiendo.

Mas y mas, oscureciéndose la noche,
Solo misterios, por doquier revela;
I al parecer, todo duerme, y solo vela
Del jénio del mal, el aterrante coche.

De Irimo muy serca, en un bosque,
El viajero misterioso divisó
Lejos una sombra, que velóz se perdió,
Al resplandecer una centella precos.

Siguió presuroso, al fantasma colosal
El misterioso viajero con afan,
I el relámpago mostró en su ademar
Sacarse del cinto, terrible puñal.



Los dos hombres misteriosos,
Uno á otro se llegaron,
I sus miras revelaron
Sus ademanes siniestros;

En breve ya impulsados
 Por la mano del destino;
 ¡Castelfor! exclama el uno
 ¡ Castelfor !asesino!
 Yo matarte hé jurado,
 Prorrumpe de vos en grito
 Castelfor el vengador,
 Yo, matarte ahora tengo
 I miradlo bien que vengo
 Con mi puñal, yá dispuesto;
 Cual cobarde á Hortencia,
 Cruel muerte, tu le diste,
 I tan cobarde huiste
 De manos de la justicia:
 Pacha, tiémbla y murmura,
 I cual lobo matador,
 Se lanza sobre Castelfor
 Que con valor se defiende.

Con majestad, ya los truenos
 Sacudiendo las entrañas
 De gigantescas montañas,
 Eco por eco repiten
 El enojo del eterno,
 I la lluvia descendiendo

De lo alto del espacio,
Toda la tierra inunda;
I cascadas se desprenden
De las peñas á torrentes;
Los hombres sigun luchando
Jadeantes sin descanso;
Las nuves, ya se disipan,
Sordos los truenos se alejan,
Ya sede la tempestad,
Mas un jemido funesto
Al escucharse revela,
El arranque de la vida,
El suspiro convulsivo
Del qué acaba de no ser.

Vengada estás yá, Hortencia,
Vengada de este cobarde,
Que con crueldad tan fatál
Ay, la vida te arrancó,
Exclamando así, Castelfor
Tenía bajo sus plantas
Humillada la servis,

De Pacha, que solo siente
Su cuerpo ensangrentado,
I cual, un mármol helado
Su corazon palpitante.
Satisfecha la venganza,
Castelfor ya se alejaba
De su víctima feroz.
I en su aliento fatigado
Escapársele parece
Su espíritu del cuerpo.
Algunas gotas de sangre
Le revelan una herida,
Herida cruel y mortal
Que de Pacha el puñal fiero,
En su costado le abrió.

Es la vida, cual la flor
Que se marchita al nacer,
Sin un recuerdo de ayer
Del dolor, ni del placer.

En el mundo del sufrir

Pronto se eclipsa la vida,
 Como esa luz desprendida,
 Del relámpago precoz.

Hay una ley que tremenda
 Inflexible, cruel y dura,
 Llenándonos de amargura,
 Todo, en el mundo destruye.

Los suntuosos edificios,
 Los templos y monumentos
 Destruyéndose, á momentos,
 Nos revelan esa ley.

Esa ley, que destructora,
 Todo lo torna á la nada;
 Dejando, solo marcada
 Negra huella, del no ser.

¡Cuanta maldicion no encierra
 Esa ley que siempre dura
 Llenándonos de amargura,

¡Todo en el mundo destruye!

Esa ley, todo confunde,
 Todo, con su imperio avarca,
 El alcázar del monarca
 I aun la chosa del mendigo.

Solo el pesar y amargura,
 Solo el dolor y el quebranto,
 Nos revelan ay, el llanto
 Por consuelo en la aficcion.



LA TUMBA

Libre y abandonada

Una tumba solitaria

No guarda la memoria

Siempre del mortal

El vendabal, en las hojas



X

LA TUMBA.

Lúgubre y abandonada,
 Una tumba solitaria,
 No escucha la plegaria
 Silenciosa, del mortal.

El vendabal, en las hojas

Del árbol, con amargura,
Ay, por momentos murmura
Los jemidos del dolor.

Ningun indicio revela,
Que en ese lugar descanza,
De Castelfor la esperanza
Convertida en ilusion.

Solo una pequeña cruz,
De leño, muy mal formada
Revela, ser la morada,
De los restos del mortal.

El silencio no interrumpen,
Ni de las aves el canto
Ni los jemidos del llanto;
¡Todo la calma revela!

Algunas horas despues,
De la mañana, la aurora
Con su luz todo colora
En derredor de la tumba.

I á lo lejos se divisá
 Una sombra misteriosa,
 Que camina silenciosa
 Con lento paso é incierto.

Es te es el lugar! exclama
 Donde morir debo yó;
 I largo tiempo quedó.
 En meditacion profunda.

El sol ya por el oriente
 Sus rayos apenas muestra,
 I de la tumba, á la diestra
 Castelfor, triste medita.

Cada momento ya siente,
 Agravársele, la herida,
 I escapársele la vida
 Que le sirve de tormento.

Sobre esa tumba que abriga,
 Una hermosa y tierna flor,
 Cuya esencia, del dolor
 Hasta el cielo se elevó.

Esa flor que yá dejó
 Recuerdos solo, en la vida,
 I una lágrima vertida,
 Por su pérdida fatál.

Ya Castelfor no respira
 El aliento de la vida,
 Pero en la rejion divina,
 Con Hortencia yá se unió.

À H.....

Tierna flor: ay ultrajada
 Por el tiempo destructor,
 Tus aromas, tu color,
 Tus gracias y tu hermosura:
 ¿Dónde están?

Esa majestad que ayer,
 Ostentabas seductora
 I esa gracia encantadora

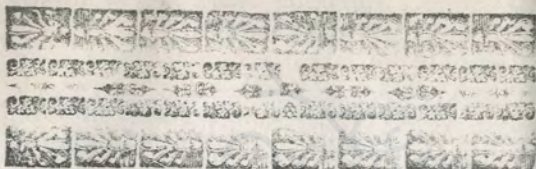
Con que cautivar pudiste;
¿Dónde están?

¿Dónde están por fin Hortencia,
Dónde tus gracias y amor?
¿I ese signo precursor,
De halagüeño porvenir?
¿Dónde están?

Una ley fatal nos dice,
Que todo pasa en la vida,
Como esa luz desprendida
Del relámpago fugáz.
Es por eso tierna flor,
Que al contemplar tus despojos,
Siento brotar de mis ojos
Lágrimas, de cruel dolor.....

FIN.

ARCHIVO Y
BIBLIOTECA
NACIONALES
DE BOLIVIA



ROMANCE.

Don Juan Nepocio vivia
 A dos leguas de Madrid,
 I por costumbre tenía
 Pasear dos veces al día.

Tenía un hijo muy tierno
 Llamado Nepo-María,
 El que durante el invierno,
 De su quinta no salía.

Cierto día, Juan Nepocio
 Al campo salió á cazar,
 I su hijo quedó en el ocio,

Con su perro muy leal.

Pasaron algunas horas:

Cuando Nepocio ya estaba

A su quinta por llegar;

Oyó que su hijo lloraba.

Maldito sea decía,

Ya ese perro Ganelon

Le habrá metido el diente

Altraves del pantalón.

El pobre perro ya estaba,

Empapado de su sangre,

I una vívora cercaba

Como un collar su pescueso.

¿Qué es esto Nepo-maría?

Dijo Don Juan asustado:

La vida me costaría,

Si mi Ganelon muriera.

Esa vívora venía,

A picarme padre mio

I Ganelon que me oía

Gritar; al punto acudió.

Pues, me alegrò demasiado,

Que no te haya picado,

Aunque el perro desdichado,

Ha dejado de existir.

Ved hai, Señores, un hecho
 Del perro cuya memoria,
 Hacen años conservaba,
 Pues, dió lugar á una historia.

Queriendo premiar D. Juan,
 A su perro Ganelon,
 A fuer de plata y afan,
 Le hizo construir sepulcro.

Con enrejado de bronce,
 Laureles mil, con dorado,
 Estátua grande y hermosa,
 Con derredor esmaltado.

I al centro una floresta,
 Con una fuente preciosa,
 Que sus aguas cristalinas
 Esparcía muy graciosa.

Siglos, tras siglos pasaron,
 I de ganelon los restos
 Tranquilos se conservaron,
 Bajo hermoso monumento.

De todos se hizo laudable
 Porque todos concurrían,
 Pues creyeron saludable
 El agua, de dicha fuente.

Por casualidad sanó
 Un enfermo que bebió,
 Esas aguas purpurinas
 I ser milagro creyó.

Por fin, voces propagaron
 Sin que mas tiempo pasara,
 I des entonces se acercaron
 Besando el suelo primero.

De Ganelon el sepulcro,
 Convertido ya tenían
 En un sepulcro de santo,
 I todos á él acudían.

San Ganelon se llamaba
 El que murió siendo perro.
 I al que el mortal imploraba,
 Como á mediador de Dios.

Pusieron su nombre santo
 En la lista de los santos.
 I todos de él sin quebranto,
 Imploraban proteccion.

Pues, hacía ya milagros
 A cual mas maravillosos;
 Cuando dos hombres pasando,
 Se acercaron muy curiosos.

Se decían, uno al otro,

Puede haber algun tesoro
 En este lugar oculto,
 Pues, descubramos el oro.

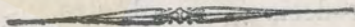
Ya se dispusieron tanto,
 Que revolvieron la tierra,
 Y el mas devoto del santo
 Se presentó muy á tiempo.

Y presenció que sacaron
 En vez de huesos de santo,
 Cráneo de perro, moesido.

Dijo, entònces con espanto,

Prometo á los que hablo,
 Que de hoy en adelante:
 Para no ir con el diablo,
 Solo creer lo preciso.

*Para quedar bien con Dios,
 Me basta seguir estricto
 Lo que la razon me dicta,
 En lo que Dios ha prescrito.*



ARCHIVO Y
BIBLIOTECA
NACIONALES
DE BOLIVIA

